

Recordar, compartir, aprender

## Badajoz

Enrique Aceituna Silva, 98 años

Steven Jorge Pedrosa, 20 años

### UNA VIDA LLENA DE HISTORIA Y TRABAJO

*Hay muchos tipos de personas, entre ellas aquellas que han dedicado toda su vida a trabajar y a vivir, o a trabajar para vivir. Enrique, casi centenario, es de esa clase de personas, que desde su niñez hasta la actualidad y a pesar de edad, siguen trabajando, personas que nunca han hecho otra cosa, personas que tienen cientos de historias que contar.*

Me imaginaba qué estaría haciendo Enrique en el momento de mi llegada, y cuando llegue me quedé impresionado, era un `basculho`, un cepillo rudimentario con que barrer aquel corral en el que nos encontramos. Sin dejar de realizar su faena, empezamos la conversación, iba recordando y me contestaba.

Comenzamos por el inicio de su vida, nos cuenta que desde bien temprano tuvo que ponerse a trabajar, para que entrara algo de dinero en casa, y que ya con tan sólo ocho años, trabajó guardando cabras en una sierra cercana, y recogiendo la leche de éstas, por un sueldo de un real al día, o 25 céntimos de peseta de entonces, corría el año 1919. Los inicios fueron duros, sin embargo a base de trabajar, “iba tirando”.

Más tarde, me cuenta también que vio y estuvo en el lugar dónde cayó un meteorito en 1924 en Olivenza (uno de los últimos de España), cerca del río Guadiana, encima, casi, de ellos. Los agricultores que estaban en ese momento recolectando garbanzos, y que oyeron como caía aquel trozo de mineral, como sonaban truenos, pensando en un principio que eran trozos de algún avión que hubiera podido caer. Sigue hablando, y termina diciendo que “aquella piedra” hizo un gran agujero en el suelo, y que la gente que intentaba cogerle, se quemaba, pues estaba muy caliente

Después de varias preguntas, pasamos a otra etapa de su vida, que fue el servicio militar en el Marruecos español, en especial en las ciudades de Larache y Alcazarquivir. Allí dice que conoció a muchas personas, y que el contacto con los moros era frecuente, pues los soldados salían alguna vez por la ciudad; de hecho, aún se acuerda de la pronunciación de varias palabras en árabe, sobre todo de subsistencia, como vino (magía), pan (hobs) o comida (macla).

De pronto, hace un inciso y nos cuenta la anécdota acerca de cuando aprendió a montar en bici, se ríe al decir que aprendió a montar en su destacamento en África, con 25 años, alquilada y “por dos perras gordas”. Allí en su destino norteafricano, sin saber montar en bicicleta, alquiló una y en varias horas aprendió a montar como si lo hubiera hecho toda la vida.

Yo, que quedo anonadado con estas pequeñas historias de la Historia, escucho atento, mientras él, sigue concentrado en su trabajo, y sin descansar, sigue hablándome sobre su vida.

Repasando y alejándonos ya de su juventud, nos metemos de lleno en la Guerra Civil, de dónde obtengo más información.

Según cuenta, con toda tranquilidad, se enteró del estallido de la guerra mediante el aguador del pueblo, y éste a su vez, por el señorito de la finca que, según dice, solía decir días antes al estallido del golpe, que “algo iba a ocurrir”, y así fue, estalló, y nos explica, como durante esos días, dejaron de segar en el campo, pero sólo durante unos días, ya que después tuvieron que seguir con la faena “con guerra y todo”.

Para Enrique, los españoles no es que entendieran mucho de política, sin embargo, en aquellas mareas de alineación con un bando u otro, con unas ideas u otras, hizo que todos tomaran parte en ese conflicto. Algo de eso ocurrió, cunado sin saber de política, “todos estuvieron de acuerdo en echar a “Alfonso XIII”, o cuando los



“curas se pusieron a favor de Franco”. De éstos últimos dice que siempre estuvieron del lado de la derecha, y que siguen estándolo, que siguen siendo franquistas. En ese momento recuerda, en una de las hazañas bélicas en el frente, como escuchó confesar a un soldado, que quedó libre de pecado por matar rojos, ya era por una buena causa -como dice Enrique-; sin embargo, no quedaba libre de haber robado comida, y la pena era de tres Avemarías. Siempre era así, dice nuestro protagonista.

En el transcurso de la contienda, Enrique recorrió toda España, desde las batallas de Brunete, Teruel o Zaragoza, a Guadalajara, pasando por Vitoria, Burgos (en un hospital de frailes) y León.

En su periplo por la geografía española, pudo ver todo tipo de atrocidades, incluso antes de partir, en Badajoz, dónde es conocida la triste historia de la plaza de toros, los fusilamientos del cementerio y el asesinato de un diputado socialista.

En Vitoria, estuvo en un hospital de monjas, recuperándose de las heridas de metralla en una pierna, mientras que en León, estuvo ya al final de guerra.

Fue allí donde se licenció, y pudo por fin, volver a casa donde le esperaba exactamente lo mismo que cuando partió, trabajar, trabajar y trabajar en el campo, casi todo el día, para poder tener algo que comer.

Sin embargo, la situación si había cambiado algo. Cuando llegó, el régimen era otro, y aquellas tierras que la República les había dado, expropiadas al duque de Peñaranda, habían vuelto a manos de su anterior dueño, sin embargo allí, estaba él para labrarlas, cultivarlas y recolectarlas. Largas y anchas hectáreas de tierra habían vuelto a ser propiedad de aquel señorito, y todo por que, en las guerras, siempre pierden los mismos.

Mucho tiempo después, con varias décadas encima, compró su primera bicicleta por 400 pesetas, después de que años atrás aprendiera a montar en el norte de África. Fue el primer, y único vehículo que ha tenido, junto con un carro.

Terminando ya con nuestro encuentro, nos cuenta, que la actual casa y parcela (ya vendida) viene del Plan Badajoz, dónde los colonos tenían que trabajar unas tierras y pagar una renta por la casa y parcela, además de dar al Instituto de Colonización (IRYDA), el 60% de toda la producción que obtuviera, así -nos cuenta-, “los primeros años fueron muy duros, de hecho, de los cinco primeros que vinimos aquí, cuatro se fueron. Luego vinieron más pero algunos también abandonaron”.

Actualmente, Enrique se levanta muy temprano, desayuna, y se va al huerto que aún posee su hija, a hacer todo tipo de tareas a pesar de su edad, como si aún tuviera 30 años, a media mañana va al bar del pueblo, a beber sus vinos, y vuelve sobre el mediodía. Yo ya he terminado, y a él le falta poco para terminar su ‘basculho’, listo para mañana poder limpiar las hojas de aquel corral y trabajar un día más.